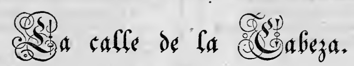
NÚMERO 2.º





La calle de la Cabeza.

ROMANCE TRADICIONAL.

I.

Confuso tropel de gentes
de una habitacion modesta,
como viviente hormiguero,
la humilde entrada rodea.
A un mismo tiempo hablan todos,
todos un crímen comentan,
y vuelan los pensamientos
en conjeturas diversas.
Quién dice, que á media noche
pasos sintió en la escalera,
y al mismo tiempo el sonido
de un cuerpo que forcejea;
Que oyó enormes cuchilladas,
abrir y cerrar las puertas,
y hasta una legion de brujas
aullando como las fieras.
Quién asegura, que solo
de un sacerdote las penas,
dieron orígen al caso
tan triste que se lamenta.
Y quién, juzgando herejía
tamaña opinion, condena
á un criado de confianza
que se largó con su hacienda.
Y como nunca de chuscos
la muchedumbre escasea,
que siempre arrastran los vientos

semillas malas y buenas,
Entre los que así discurren
no falta quien, por su cuenta,
saque unos catorce muertos,
sin incluir á una muerta.
Porque para él las mujeres
que á los cincuenta se acercan,
no son personas mayores,
que son solamente viejas.
Pero, dejando que piense
cada cual á su manera,
subamos al aposento
con el alcalde, que llega.
Y, pues, ansioso te miro
de adivinar la ocurrencia,
y eres, lector, mas curioso
que dama de una comedia,
Mientras entiende el juzgado
en tan confusa materia,
y búscase al delincuente,
y el delincuente se aleja,
Y habla Madrid unos dias
de la aventura funesta,
y del proceso resulta
la oscuridad mas completa,
Oye el relato, que, luego
por el misterio que encierra,
dió nombre á la que hoy se llama
la *Calle de la Cabeza.*

II.

Delante de un crucifijo,
de la religion enseña,
con ambos ojos en él,
y ambas rodillas en tierra,
Rezando está un sacerdote
sus oraciones postreras
para entregarse al descanso
de cuotidianas tareas.
Y aunque su trage es sencillo,
y sencilla su vivienda,
guarda un caudal de virtudes,
y otro caudal de monedas.
Y diz que un sirviente suyo,
segun las crónicas cuentan,
entre ambiciones bastardas,
alimentaba una idea.
Mas nunca el labio imprudente
dejó escapar ni una queja,
que demostrara los sueños
de su mezquina existencia.
Así el sacerdote humilde,
con espresiones sinceras,
le guarda siempre un elogio
por su conducta y sus prendas.
Y, como flor que su aroma
al blando céfiro presta,
prestó sus hondos secretos
á la fingida inocencia.
Distintas veces el oro
miró el sirviente de cerca,
y tanto el brillo cególe,
que le obligó á andar á ciegas.
Por eso tras la cortina,
que aquel aposento cierra,
del sacerdote piadoso
los movimientos observa.
¡Ya le ve alzarse!.... Hácia el lecho
dirige su planta trémula,
la blanda paz del espíritu
llevando en su rostro impresa.
Y en tanto que sus miradas
con las del sueño se encuentran,
el corazon del malvado
llamando está á su conciencia.
¡Mas qué importa! Si aun es tiempo
de retroceder, es mengua
que el que una empresa concibe,
jamás termine su empresa.
Ya el sueño tendió sus alas;
ya todo en silencio queda;
un paso mas.... Nadie mira...
nadie sus planes acecha.
El porvenir será suyo,
y pronto en estraña tierra
podrá gozar del tesoro
que su delirio alimenta.
Así creciendo su audacia
con encontradas ideas,
alza la cortina: en torno
del lecho sus ojos ruedan....
¡Duerme!... la acerada punta
entre sus dedos aprieta,
y á cada paso que avanza,
vuelve hácia atrás la cabeza.

Llega por fin; breve instante
al sacerdote contempla;
mas de repente abrumado
por la ambicion que le aqueja,
Con un movimiento brusco
sacude atrás la melena,
se arroja sobre su víctima,
la voz en sus labios sella,
Y, como flor deshojada
por la furiosa tormenta,
del cuerpo cae desprendida
la venerable cabeza.
Llega al arca; presuroso
recoje el dinero; cierra;
y al alejarse, en su huida,
vuelve la vista y contempla,
Que á cada paso que avanza
le van siguiendo sus huellas
los ojos del crucifijo,
y el grito de su conciencia.

III.

Corrieron algunos años
y en brazos de la pereza,
despues de muchas hablillas,
quedó la triste ocurrencia.
Tal comprendió el asesino,
cuando á la córte de vuelta,
dejando el estraño suelo
de Portugal, se presenta.
Y de señor disfrazado,
sin aparente cautela,
el héroe de nuestra historia
gozaba de la opulencia.
Mas como la mona es mona
aunque se vista de seda,
y suele saltar la liebre
en donde menos se piensa,
En pleno Rastro una tarde
compró la humilde cabeza
de un carnerillo, olvidando
su nuevo trage y esfera.
Prestóle abrigo su capa
para ocultarla con ella,
y sin escrúpulo alguno
se encaminó á su vivienda.
Nadie al mirarle el semblante
á un asesino advirtiera,
que á veces mienten los ojos
con mas valor que la lengua.
Y tanto de aquellos sitios
la animacion le recrea,
que no repara en la sangre,
que va vertiendo en la tierra.
Solo un alguacil lo mira,
le corta el paso, y se acerca,
y entre los dos de esta suerte
un diálogo se atraviesa.
—¿Qué bulto es ese?
—¿Qué bulto?
—El que ocultais.
—Por mi abuela
que la pregunta es donosa,
y bien merece respuesta.
Y descubriendo el embozo
con magestad madrileña,
estiende el brazo; mas luego,
su mano á la frente lleva....
—¡Castigo del cielo! esclama,
y con satánica fuerza
arroja al suelo de un hombre
la ensangrentada cabeza.
¡Soy un asesino! grita.
¡Justicia de Dios es esta!
¡Mis propias manos me venden!
¡Clemencia, Señor, clemencia!
Y en medio á la muchedumbre,
que furibunda le asedia,
la eterna mansion del crímen
de nuevo se le presenta.
Y en vano quiere ocultarse
de dos testigos que hielan:
los ojos de un crucifijo,
y el grito de su conciencia

IV.

En derredor de un tablado,
donde una víctima espera,
con resignàcion sagrada,
de la justicia la fuerza.

Un pueblo agolpado bulle,
como una hirviente marea,
y el desenlace sangriento
aguarda con impaciencia.
De pronto cesa el bullicio;
se ve al verdugo... se acerca;
con un sacerdote anciano
la humilde víctima reza,
Y luego un nuevo murmullo,
que vuelve á escucharse, muestra
que ya la justicia humana
quedó cumplida en la tierra.
Si un crímen formó un culpable
lavó un cadalso su afrenta,
y el santo arrepentimiento
le abrió del cielo las puertas.
El rey mandó que labraran
en el lugar de la escena
una cabeza, que fuese
de la tradicion emblema.
Y la que al mundo mostrara
del criminal la honda huella;
volvió á su antigua figura
cumplida al fin la sentencia.
Dejando el triste suceso,
por el misterio que encierra,
el nombre á la que hoy se llama
la *Calle de la Cabeza.*

A. B. y C.



DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1870.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA
Rollo, 6, bajo.